

SANTOS, Juan José. *El Tata Dios. Milenarismo y xenofobia en las pampas. Colección Nudos de la Historia Argentina.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2008.

*Leonardo C. Simonetta**

En su célebre *Introducción a la Historia*, Marc Bloch declaraba su admiración hacia aquellos capaces de hablar -y, podemos agregar, de escribir- de tal manera que pudieran hacer llegar un mensaje comprensible tanto a los doctos como al público en general. Esta preocupación por la escritura y la transmisión de los conocimientos y avances de investigación no ha dejado de estar presente entre los científicos sociales. Es más, en los últimos años -y ante la demanda cada vez mayor por parte de la sociedad argentina, interesada en saber más acerca de su pasado- se ha vuelto a abrir la discusión ligada a los desafíos que implica la difusión de la producción académica generada en los claustros universitarios y en otras instituciones científicas afines. En este marco surgió la colección *Nudos de la historia argentina*, dirigida por el historiador Jorge Gelman, quien junto a un grupo de colegas de reconocido nivel se dieron a la tarea nada sencilla de indagar diversos aspectos de la historia de nuestro país para plasmar esos acercamientos en libros dotados de un gran rigor académico, pero que, a la vez, resulten atractivos y accesibles para todos aquellos que no posean necesariamente una estricta formación universitaria en esta disciplina.

Juan José Santos es Licenciado en Historia por la Universidad de Buenos Aires, se ha desarrollado como docente en la Facultad de Filosofía y Letras de dicha universidad y actualmente es miembro investigador del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani". Su obra tiene ciertamente un nexo con la corriente que desde hace varios años ha venido

* Graduando em História e membro do Centro Interdisciplinarios de Estudios Sociales (CIESo) da Universidad Nacional de Rosario (UNR) / Argentina.

poniendo en cuestión una imagen ampliamente difundida en la historiografía nacional, a partir de la cual se pensaba en una Argentina decimonónica casi idílica que había abierto sus puertas sin tapujos a la inmigración europea y que había logrado una amalgama armoniosa entre los recién llegados y la población local, lo que dio cabida a la metáfora del “crisol de razas”. Así, el autor recupera la noción de conflicto, tomando como punto de partida el análisis de un evento de violencia xenófoba particular para demostrar que la valoración positiva del inmigrante había convivido con apreciaciones menos optimistas sobre su presencia en estas tierras y con importantes discusiones en torno al lugar que se les deparaba tanto a los europeos como a los criollos en los proyectos de construcción de la nación.

Los sucesos de Tandil brindan el puntapié inicial para comenzar a desplegar un amplio abanico de problemas. Esto tiene que ver con una lógica particular que está presente en buena parte de los libros que componen la colección *Nudos...*, que apela a un acontecimiento disparador para empezar a transitar distintos caminos de indagación. En esta ocasión, se trata de la matanza de treinta y seis inmigrantes europeos (varones, mujeres, e incluso, niños de pocos meses) de diferentes nacionalidades, ocurrida el 1º de enero de 1872 en la localidad de Tandil –una población de la provincia de Buenos Aires cercana a la frontera con el indio–, supuestamente planificada por un curandero que se había establecido en las cercanías, llamado Gerónimo Solané (quien recibía el apodo de “Tata Dios”, acepción que en la cultura criolla rioplatense hace referencia a la figura paterna), y perpetrada por un grupo de seguidores del mismo, alentados por el anuncio del inminente fin de los tiempos.

Este caso despertó una y otra vez el interés de historiadores y antropólogos a lo largo de los años. Por ello, se han sucedido una serie de ricos estudios que, desde numerosas disciplinas, han tratado de profundizar en la aparición y el derrotero de este movimiento milenarista y xenófobo apelando a un amplio espectro de interpretaciones. A la hora de abordarlo, se privilegiaron los embates y cambios de la escena social y económico-productiva de la pampa con la inserción del país en el sistema capitalista; se lo pensó también como la respuesta de los pobladores nativos ante las nuevas circunstancias; o bien, fue concebido como el fruto de un complot pergeñado por la élite terrateniente criolla local que no veía con buenos ojos la participación de los inmigrantes en

la política de la zona. Frente a este variopinto panorama, Santos incorpora algunos de los tópicos ya esbozados, pero se propone ir más allá pensando a este acontecimiento a la luz de las tradiciones culturales, políticas y religiosas de quienes vivían en la región.

A lo largo de la obra, se invita al lector a realizar un viaje de ida y vuelta por diversos escenarios en función de una multiplicidad de cuestiones que se entrecruzan para conformar el entramado de la explicación. Por lo tanto, cada uno de los problemas contemplados excede los límites del ámbito estrictamente local para enriquecerlos y adentrarse en ellos a través de la comparación con otras regiones o provincias. Pero, a la vez, son traídos nuevamente a la realidad del poblado de Tandil para reflexionar sobre su ingerencia en los asesinatos. A esto se suma una apelación directa y explicitada a categorías históricas y antropológicas, tales como milenarismo, mesianismo, xenofobia, fronteras étnicas, ceremonia, que enriquecen la comprensión del objeto de estudio y un uso exhaustivo de fuentes de la época (cartas, diarios, declaraciones, relatos e impresiones de viajeros, etc.) que no siempre fueron tenidas en cuenta y cuyo cruce resulta fundamental a la hora de observar el problema desde otras aristas y de aproximarse al modo en que los propios contemporáneos lo percibieron.

Si bien son muchas las líneas que atraviesan de manera tangencial a esta investigación, resulta interesante destacar una de ellas en particular, que se hace presente de forma explícita o implícita en buena parte de los capítulos, y que se refiere a la xenofobia y la intolerancia desatada de cara a europeos que se pensaban como disruptivos. El fomento a la inmigración formaba parte del horizonte de objetivos del gobierno central en tanto era concebida como un engranaje esencial de la modernización del país y de configuración de la nación. Sin embargo, tal como señala Santos, las políticas migratorias y las sensibilidades en relación a los extranjeros se fueron modificando al calor de ciertos retos nuevos que no siempre fueron previstos de antemano.

Esos problemas ciertamente repercutían en una localidad como Tandil, que para la fecha había recibido buena parte de ese caudal poblacional. Como resultado, muchas de las dos mil personas de la localidad eran de origen español, italiano, francés y danés; y seguirían arribando más, en un proceso que se remonta a los comienzos de la década de 1860. Entre esos inmigrantes se incluían algunos que lograron hacer fortuna y tener una ingerencia marcada en

la política, en los espacios de toma de decisiones y en la economía local, lo que les posibilitaba el desarrollo de negocios lucrativos y la construcción de solidaridades y de fuertes vínculos de fidelidad. Todo esto queda ilustrado a partir de dos figuras relevantes, como son el gallego Ramón Santamarina y el danés Juan Fugl –ambos hombres prominentes e influyentes dentro de la localidad y con gran ascendiente entre sus connacionales–, cuyas experiencias son enfatizadas y estudiadas con bastante detenimiento.

Muchas veces, la deseada igualdad entre nativos y extranjeros se hacía presente sólo en el papel. Esto era puesto de manifiesto con total crudeza por las arbitrariedades de la política de defensa de la frontera – servicio del que estaban exceptuados los extranjeros y quienes residían en la ciudad– y que provocaba que el peso de la leva recayera de lleno de las espaldas de los habitantes rurales. La presión reclutadora, sumada a la movilización de hombres por los conflictos internos y por la guerra con Paraguay, agravaba la inseguridad de los vecinos de la frontera, desmoralizaba y separaba a las familias y repercutía de forma negativa sobre las actividades económicas de vastos sectores del mundo rural.

Al descontento frente a lo que muchos consideraban privilegios de los inmigrantes –como la anteriormente mencionada excepción de reclutamiento– se sumaba una férrea resistencia a los intentos de avance del Estado sobre los ámbitos de incumbencia de la Iglesia, materializado en los embates del liberalismo por secularizar los cementerios, establecer el matrimonio civil e introducir la libertad de culto, las pésimas condiciones de vida en los pueblos más distantes de las grandes ciudades y la acusación de que los “gringos”, es decir, los inmigrantes europeos que estaban llegando a América, habían sido, en cierto modo, los causantes de las pestes, enfermedades (cólera, fiebre amarilla) y sequías que asolaron la región desde la década de 1860, interpretadas como señales ineludibles del desastre que se avecinaba. Este deseo de proteger a la iglesia, de acabar con las injusticias hacia la gente de la campaña y de luchar contra los extranjeros explicaría la identificación con el federalismo rosista, plasmado en el uso de símbolos propios de ese régimen –entre los que se resalta el uso de cintas color punzó en los sombreros que, según testimoniaron los implicados, debían protegerlos a modo de talismán para no ser alcanzados por las balas enemigas–, en tanto se tendía un puente hacia un momento histórico que los actores concebían como signado por un orden que, creían, estaba siendo

amenazado.

En este marco, es insoslayable la presencia de discursos milenaristas y de curanderos o personajes que se creían los portadores de mensajes divinos, lo que no era ninguna novedad en la región. Ante un panorama de penurias reiteradas y con una Iglesia católica que no podía atender a la totalidad de la feligresía en los puntos más distantes del territorio, estos actores itinerantes traían alivio y esperanza a sus seguidos a la vez que movilizaban inquietudes y despertaban expectativas entre los paisanos. En este sentido, el autor nos acerca un buen número de comunicaciones que anunciaban la venida del fin del mundo, publicadas en diarios de la época. La preocupación y los resquemores que la presencia de estos hombres despertaba en las autoridades de los distintos partidos sería un indicador de la desconfianza y del potencial de revuelta que estaba contenido en sus mensajes, listos para hacer explosión en momentos de crisis.

Lo acaecido en Tandil es paradigmático en muchos aspectos, dado que muestra los resultados del estallido de esos sentimientos de descontento y rechazo hacia el inmigrante a partir de la eliminación física de “otros” concebidos en términos de “masones” y “extranjeros”. Inclusive, como afirma el historiador argentino, la selección de las víctimas no guardaba una relación directa con una determinada posición social sino que estaba vinculada directamente a su condición de “extranjero”. Tal es así que se les perdonó la vida a los criollos que los asesinos pudieron encontrar ocasionalmente junto a las víctimas.

Lejos de ser una operación irracional, la minuciosa organización de la misma y los móviles que impulsaron a una cantidad nada despreciable de criollos a perpetrar los hechos analizados nos arrojan la visión de una revuelta de causas variadas y complejas. Por ejemplo, las creencias religiosas tuvieron un papel de primer orden a la hora de dar cuenta del accionar de los agresores, tal como lo demuestra la dimensión simbólica y ritual que rodea a todo el movimiento desde los primeros momentos organizativos de la asonada y la mención de supuestos milagros atribuido a Solané. En otras palabras, este episodio de violencia xenófoba estuvo alimentado por construcciones culturales, sociales, políticas y religiosas que se conjugaron con la decepción ante las leyes y la actuación de un Estado que reconocía de manera desigual los derechos de los

miembros de la sociedad.

Si bien el caso de violencia contra extranjeros estudiado por Santos tuvo lugar hace ya más de cien años, la discriminación y la intolerancia en sus múltiples manifestaciones no han muerto, sino que siguen estando veladas tras nuevas máscaras y modalidades que, a veces, son reactualizaciones de viejas prácticas. Aunque se han ganado muchas batallas a la hora de intentar poner un punto final a esas situaciones apelando al diálogo intercultural y a proyectos consensuados que alcancen a diversos actores con sus propias agendas e intereses, la retórica de la exclusión, la xenofobia y los conflictos alimentados por elementos étnicos y religiosos parecen estar lejos de una solución definitiva. Incluso, en muchas partes del mundo el repudio y menosprecio hacia los inmigrantes ha desatado ataques directos o indirectos tanto a nivel físico como simbólico, donde se deja en claro el rechazo y desprecio hacia esas personas. Tal vez, y como propone la colección en su conjunto, se puede hacer mucho desatando ciertos nudos de nuestro pasado para ser capaces de entender y de actuar de forma más crítica sobre el presente.

Colaboração recebida em 31/12/2008 e aprovada em 01/03/2008.